

***Marta Eugenia Rodríguez Gómez***  
*26 de marzo 1946 ~ 19 de septiembre 2015*

***Testimonios***

A UNA MUCHACHA DULCEMENTE ENVIDIOSA

a Marta Eugenia Rodríguez

Marta, Marta,  
¿desde cuándo  
ha de andar alguna carta entre tú y yo  
así volando?

¡Tan cercana como estás,  
oh traviesa y dulce y vana, tú ni en  
siempre ni en jamás,

en ayer como en mañana, no te vas  
y  
no te irás

de mi hogar, pequeña hermana!

**Eliseo Diego**



Conocí a Marta Eugenia en 1973, en su casa de Ánimas 970, bajos, entre Oquendo y Soledad. Antes de esa fecha me había fijado en ella, en la Escuela de Letras, donde estudié dos años la Licenciatura en Lengua Inglesa y Literaturas Inglesa y Norteamericana, así de “pomposo” era el nombre de la carrera. Marta Eugenia ya

era profesora, una profesora muy joven. Pero Marta, enseguida lo supe, nada tenía que ver con solemnidades ni rimbombancias. Sus lentes “a lo John Lennon”, sus sandalias “jíposas”, su manera informal de vestir, su risa espontánea, que estallaba como una campana, la delataban. Por esa época coincidimos en un trabajo productivo en Pinar del Río, en una barraca inmensa, una casa de tabaco, con tres hileras de literas, muy juntas una de la otra. Casualmente, mi litera —yo ocupaba la parte de arriba— quedaba frente a las de Marta y Connie, debajo de un bombillo que daba una luz amarillenta horrible y que a mí me bastaba para leer. Pero en ese trabajo productivo no pude leer mucho porque, sencillamente, delante de mí, todas las noches, ocurrían cosas inesperadas, divertidas, alucinantes. La conversación de Marta, Connie y sus otras compañeras —algunas, jóvenes profesoras, como Marta; otras, estudiantes de años superiores, como Connie, a punto de graduarse—, eran ocurrentes, eruditas, disparatadas. Y yo me preparaba todas las noches, en mi privilegiada posición de primera fila, como en un teatro, a disfrutar aquellos diálogos deliciosos.

Después fue que la conocí en su casa. Su prima Sara y yo éramos amigas, y Sara quiso presentármela. Comenzó entonces una amistad que no se interrumpió nunca, ni un solo día. Me fascinó su conversación, su erudición, sus conocimientos de un mundo muy querido para mí, expuesto por ella de otra forma. Ya en aquellos años lo había leído todo o casi todo. Nunca he visto a nadie leer con esa “voracidad”, leía rápido, mucho y bien, pues siempre tenía una opinión muy sólidamente fundamentada de lo leído y, también, de lo visto en el cine o en el teatro. Podía ser hasta cruel con sus criterios, era muy exigente. Quizás fue por eso que no se atrevió nunca a escribir. En 2004, y casi a empujones, sus amigas logramos arrancarle, prácticamente, un grupo de pequeñas viñetas, desgajadas, tristes. Se siente en cada página el dolor con que fueron escritas: *Cuba, no hay tal lugar*, quiso nombrarlas. Y lo firmó con un seudónimo: “Mariana Lendoiro”. Pudo haber escrito ensayos, no solo de literatura sino de cualquier tema, de política, de arte, de historia; pudo destacarse en el mundo académico, pero eso nunca le

interesó. Le sobraba talento y cultura para hacerlo, pero eso no estaba entre sus prioridades en la vida. Disfrutó la cultura, la literatura, la música, la pintura y, también, y mucho, “la bohemia”, la noche habanera, sus bares y cabarets. Se dio gusto llevándome a los tugurios más increíbles y tenebrosos de la ciudad y me enseñó a apreciar aspectos de la cultura de mi país que yo desconocía. Tenía muchos defectos, como los tenemos todos, pero en mi memoria y en mi corazón solo guardaré los buenos momentos compartidos.

Marta fue una presencia constante en mi vida, no sentí jamás su ausencia cuando se fue a vivir a México, porque, de alguna manera, siempre se las agenció para estar a mi lado. Primero con cartas que enviaba con amigos, con llamadas telefónicas; después, con el correo electrónico, una correspondencia diaria, varias veces al día. Me enviaba noticias de todo lo que acontecía en el mundo, ningún tema le era ajeno, todo le interesaba. Su amistad conmigo fue absoluta, incondicional. Marta fue para mí no solo compañía y alegría. Fue como un refugio, una protección, un abrigo. Su partida me ha dejado una sensación de orfandad —no encuentro otra palabra para describirla.

En junio pasado pude visitarla, fueron quince días difíciles porque ambas intuíamos que no nos volveríamos a ver. Pero el jueves 17 de septiembre recibí una invitación para ir a México a leer unas conferencias sobre mi padre. En cuanto leí el correo, la llamé. Se puso muy contenta. Recuerdo que le dije, un poco en broma, pues ya ella, hacía rato, jugaba con la idea —la certeza, más bien—, de su pronta partida: “Martica, tienes que ponerte fuerte, tienes que estar ahí cuando yo llegue”. Su voz, jadeante y cansada, me contestó: “¡Deja ver cómo le hago...!”.

Desde que se fue, a cada rato, me sorprende pensando: “¿Y ahora..., cómo le hago?”. Y no encuentro respuesta a esa pregunta.

**Josefina de Diego**



Supe de Marta Eugenia cuando entré al 1<sup>er</sup> año de la Escuela de Letras y de Arte, en 1965, ella ya era estudiante allí. Quizás por no pertenecer al mismo grupo de Letras no fuimos amigas entonces, pero una persona allegada a mí había sido discípulo de Marta en el pre-universitario y me fue siempre cercana. La vi en los pasillos de la Escuela, en las movilizaciones agrícolas y le oí sus carcajadas irreverentes en una asamblea donde el sindicato de entonces repartió artículos electro-domésticos --¿cómo decidir colectivamente a quién le hace más falta una olla de presión o una mesa con cuatro sillas de cabillas lisas y cordones plásticos? Sobre todo recuerdo, cuando en una reunión de la UJC alguien la propuso para iniciarle el proceso para militante de esa organización, y algunos argumentaron en su contra prejuicios absurdos, excluyentes, discriminatorios sobre la supuesta sexualidad de las personas, que no tenían nada que ver con los “méritos” que yo suponía la UJC debía exigir. Cualquier defensa en favor de Marta Eugenia fue inútil en aquella reunión de militantes. Ya después, al término de mis estudios en el edificio Dihigo de la Universidad de La Habana, yo tomé un rumbo diferente al de Letras y no supe más de ella.

Fue cuatro décadas después que una amiga común nos conectó por e-mail. Le conté de aquella reunión de la UJC, en la que infructuosamente la había defendido, y para ella fue noticia. Después de todo, fue mejor que no la aceptaran, dijimos, porque se libró de una atadura más, de un cuerpo más de control y juicios de conducta. En aquel tiempo de la UJC yo pensaba—y pienso hoy-- que Marta le fue más fiel a los ideales de aquel proceso que otros estudiantes propuestos en aquella tarde. Fue una de esas personas que no se permite el estancamiento, pertenecer dogmáticamente a una supuesta derecha o izquierda de por vida, que no se permite depender a sí misma de reglas rígidas de conducta, sino que aprehende de cada

circunstancia y evoluciona casi intuitivamente en tiempo y espacio, social y personalmente. A partir de ese intercambio comenzó nuestra amistad, una de esas transparentes que se abren a las confidencias mutuas. A diario nos escribimos, me incluyó en su numeroso listado de correo sobre Cuba, comentamos noticias, artículos, descubrimos cuántas personas nos eran comunes, cuántas situaciones. Hablamos mucho del periodo delirante de los años 60, y de la profunda frustración posterior que nos sobrevino a muchos. Nos apoyamos mutuamente en nuestra estancia fuera de Cuba, ella desde el DF de México y yo desde Cornwall, Ontario -Marta siempre añorando volver un día al país de su Habana-- hasta que enfermó de gravedad.

Fue una gran suerte contar con Marta en estos últimos años. Hace rato que la extraño, mucho.

**Ana Julia Faya**



Me veo en el bar de El Conejito con un tarro de cerveza, al mediodía del julio muy caluroso, como suele ser, de 1989. Soleado, en el ambiente que el aire acondicionado ponía muy agradable y en la misma mesa donde me había sentado antes con mi amigo-hermano Andrés, con Pepe Santos, y en años más recientes con Joaquinito Ordoqui, para esperar la llamada al restaurante donde almorzamos con su madre, la memorable Edith García Buchaca.

Doy rodeos, lo sé. Me duele entrar a la memoria del día en que Marta Eugenia me trasmitió su propósito de venir a México.

Lo que siguió, fue esperarla en el aeropuerto, llevarla a mi casa, mostrarle la fachada de la ciudad, asistir a su conferencia magistral sobre el teatro cubano, programada por el departamento de Literatura de Bellas Artes en la sala Manuel M. Ponce. Luego la acompañé a la charla sobre los personajes femeninos en la obra de Shakespeare, que dio para un círculo más pequeño pero especializado: el taller de crítica literaria del Programa Interdisciplinario de Estudios sobre la Mujer (PIEM), de El Colegio de México. De allí salimos para una reunión festiva en la casa de un miembro del taller, en el transcurso de la cual bailó un guaguancó, en el estilo que la distinguió mientras cursaba la carrera de Letras inglesas en el edificio de Zapata y G, sede de la escuela de Artes y Letras de la Universidad de La Habana.

La fascinación que Marta provocó esa tarde en aquellas académicas no tuvo nombre. Descubrían a un personaje inusual, capaz de pasar de la erudición más inquietante, que revelaba aspectos desconocidos por el auditorio sobre el teatro inglés, a la rumba habanera de cajón, bajo cuyo influjo creció en el barrio de Cayo Hueso en la muy popular zona de Centro Habana.

Regresó a Cuba y unos meses después volvió, ya invitada a integrarse a la primera generación del diplomado en Estudios sobre la Mujer, convocado por el (PIEM) que entonces dirigía Elena Urrutia.

Al término de su periodo en el PIEM, se inició una etapa laboral que tuvo al Tecnológico de Monterrey como sede, hasta hace unos años en que el deterioro de su salud no le permitió continuar impartiendo clases.

Muchos amigos acompañaron a Marta en esa trayectoria mexicana de más de 25 años. Diferentes entre sí, le respondían desde todos los matices. De Chile y de manteca, como dicen acá, completaron un mosaico afectivo en el que podía entrar

la señora que le servía la “rica pancita” de los domingos hasta aquel profesor norteamericano del Tec., que, a través de Marta, se aficionó a La Habana. Con todos compuso el México que habitó y todos le alimentaron su vivencia mexicana; aunque los afectos nacidos en la isla nunca salieron del rincón máspreciado de su corazón.

Hace una semana, vi entrar el ataúd que guardaba a Marta Eugenia, en una capilla del norte de la ciudad y pensé en ellos. Recompuse en mi memoria ese tránsito desde la tarde del bar de El Conejito hasta aquí y lo hice con una desolación que no me ha permitido serenarme tan fácilmente. Yo estaba allí y el peso de la soledad que sentí frente a su féretro, tuvo que ver con esa ausencia mayor de quienes la quisieron, allá y aquí. Ese destino que hace del inmigrante un ajeno a lo que fue, en su hora final.

Me quedó entonces y me queda ahora, nombrar en silencio a sus amigos ausentes. A los que le conocí en México, a los de Cuba, a los del mundo. No sé si esto sirva, pero es lo que hago en la creencia de que la red que tejió en torno a ella, hizo de la amistad el eje y sostén de su vida. Y ese, es su mayor legado.

**Minerva Salado**



### **De fandangos y recuerdos**

Una parte de Cuba y su Centro-Habana me la hizo descubrir Martugenia, las desveladas en el malecón o el guaguancó, por ejemplo. Una visión humorística sin concesiones que quizá no sea precisamente cubana, pero que ella ejercía de modo muy particular, al renombrar las cosas y a las personas con su eterna irreverencia.

Pienso en ella y escucho su risa, los múltiples apodosos cariñosos que improvisaba según la ocasión; su frase “questo, quel’otro” sazónando la plática, su mirada chispeante, y el recuerdo me hace volver a disfrutar de una amiga cálida, valiente, capaz de hacer grandes cosas por sus amigos.

Capaz, por ejemplo, de pasar una tarde de las últimas semanas en la sala de su casa, reír los chistes, hacerlos, hablar de lo que quedaría en herencia para los que quisieran conservar sus libros principalmente. Resistir una visita de tres horas sin importar que al día siguiente sintiera estragos por haber estado sentada, hablando como si nada, como si no mediara una o varias enfermedades mortales.

Martugenia era jocosa, cualquier dato se podía convertir en el mejor cuento habanero-mexicano. Observadora aguda, muy pronto descubrió que a los mexicanos nos define un: “no pus si, si pus no”. A ella le debo también formar parte de un clan, ser otra más de su pandilla cubano-internacional, tener nuevas y valiosísimas cómplices. ¡Mil gracias a mi Martica!

Celebro que haya elegido esta ciudad para recomenzar una vida y que *Ánimas* fuera su álbum de recuerdos, sus citas eventuales con la otra Marta, la isleña. Quedan las imágenes de las fiestas que personalmente musicalizaba, los fandangos arrabaleros, los gritos y las risas locas. Con esa Martugenia me quedo mientras nos reencontrarnos en algún sitió para bailar un bolero.

**Rita Abreu**





## Una Lowry cubana

Josefina de Diego, *Fefé*, me mostró el segundo de los libros de Marta Eugenia Rodríguez, todavía sin editar. Un conjunto de textos mecanografiados en varias tipografías e impresos en papeles de distinto tipo. La compilación de los ensayos que ella había publicado a lo largo de su vida en volúmenes y revistas. Era un regalo de sus amigas, pero para conseguirlo, el primer paso era mantener a Marta Eugenia al margen de tal proyecto, pues se hubiese negado de cuajo.

Marta Eugenia repudiaba sus viejos trabajos, pues había aprendido el daño que inflige el seguir los signos de la época en lo que uno escribe. Eso ocurre, por ejemplo, en mucho del prólogo a su selección *Poesía romántica inglesa*, traducida por Heberto Padilla, y solo perduran aquellos fragmentos en los que abandona el frígido tono de Christopher Caudwell o el de su sucedánea cubana Mirta Aguirre, y se arriesga en interpretaciones literarias como: “Todos los románticos se han de erguir en contra de las fosilizadas convenciones sociales, todos han de participar enérgicamente –de una forma u otra– en la revuelta de la época, todos se alojarán en sus mundos privados y añorarán el tiempo –fabuloso, inocente, sin amarras– de la niñez. Blake los anticipará en todo y aspirará a trascender la etapa de la ‘experiencia’ y así alcanzar un estado superior de la inocencia, el mejor de los mundos disuelto en la Utopía”.

Si en el fragmento anterior sustituimos “niñez” por “juventud”, se entiende que Marta Eugenia Rodríguez fue no una autora, sino un personaje romántico, desmedido en sus características, como las criaturas de Goethe o Hugo. El precario estado de salud en sus últimos años, lo explicó en una carta de fines de 2014: “Eso me pasa por los excesos de juventud y madurez, de los que no me arrepiento, solo a veces...”

Hacia su epílogo, escribía poco, salvo su correspondencia electrónica, que era el modo de conversar con los amigos. No era la irreverencia del francotirador lo que me atraía de ella, sino su inteligencia residual. “A lo mejor me preguntas de

*Tristram* porque te mencioné *Ulysses*. Sterne es el padrecito detrás de Joyce. *Tristram* es una joya y me acompaña en mi trastero –me decía en noviembre de 2014–. Escribe tal y como si estuviera hablando. Su humor es sutil y también grosero, siempre muy divertido, pero la gente lo lee como si fuera un acertijo muy serio. (Es la forma de Sterne de burlarse de esos lectores.)”

Al conocerla, se me asemejó a una Geoffrey Firmin sobria. Le sobraba pasado para identificarse con la figura central de *Bajo el volcán*, itinerante también en el transcurso de esa “crónica” de una muerte anunciada muy anterior a la de García Márquez. La criatura de Malcolm Lowry nos convence de su desasimiento del mundo, hasta revelar (en su rebelión) que ha permanecido captando (padeciendo) lo que le rodea. Igual Marta Eugenia.

Me molesta comprender que una misma noción atraviesa la mayor parte de lo que he escrito: la muerte (su persistencia) o la de sus reflejos: la desaparición, el olvido, de aquellos que por su obra o su amistad terminan siendo mis personas favoritas. De todas las artes de Marta Eugenia, supongo que estas son las que más me interesan: la inclinación a portarse de manera irresponsable, el hastío de la obligación social de tener que estar siempre “en escena”, lo cual lleva a ser descuidado con nuestras palabras. También la afortunada libertad de “quedar fuera” terminó haciéndonos aliados. Hasta hemos tenido más de un antagonista de turno; sin duda una misma entidad que reencarna, como nosotros.

Antes mencioné a Fefé, y ya que estamos en el ámbito de su padre, Eliseo Diego, recuérdese que este nos testó (sí, a nosotros): “les dejo el tiempo, todo el tiempo”. En la práctica, la diferencia entre el “hábito de sobrevivencia” tan intrínseco de los cubanos y el verdadero sobreviviente (el que en realidad prevalece), solo la determina el tiempo. Y a propósito de Marta Eugenia Rodríguez, pienso en lo que augura el *Tao Tê-King*: “Una victoria es celebrada con un rito funerario”.

**Carlos Velazco**



Cuando entré en la Escuela de Letras, ya Marta Eugenia estaba en el grupo cerca de graduarse. Luego nos enviaron a hacer “trabajo social” en Chivirico, la Sierra Maestra. Y se organizó un grupo de títeres. Eso fue en 1967 y desde ese entonces acá, quedamos hermanados. Pasamos malos ratos, como ya he contado en otra parte, porque eran años difíciles en la Universidad con la aberración de las depuraciones. Pero no es eso de lo que quiero acordarme ahora, sino de los buenos ratos que pasamos juntos, atracándonos de alitas de pollo en El Ruedo, oyendo cantar a Teresita en El Cóctel, las fiestecitas de cumpleaños, y, por supuesto, los cursos militares, los trabajos voluntarios de “Tres por uno”, la estancia recogiendo fresas en Banao o en Pinar del Río cosechando tabaco. Siempre con el sentido peculiar del humor de Marta (poniéndonos nombretes a todos), su buen ánimo invariablemente listo para cualquier festejo. Que otros cuenten de su magnífica especialidad en Lengua Inglesa, yo quiero recordarla manejando aquel títere que era una chivita con un tarrito jorobado. Por ello la incluí como personaje en mi libro para niños, *Serafín y sus aventuras con los caballitos*”

[...]

*Después de descansar un rato, toda la pandilla, incluyendo a Josefito Gorrión, siguió la marcha en dirección al Huerto de la Chiva Belinda. La Chiva Belinda tiene dos cosas que todo el mundo sabe. Una de ellas es que tiene un tarrito derecho y el otro rizado, que parece un sacacorchos; por eso se diferencia de todas las otras chivas de los alrededores. El otro asunto es que dondequiera que esté, hay una fiesta. Serafín ya sabía, mientras andaban camino del Huerto en busca del Pariante que vuela, que esta aventura terminaría en una fiesta. Era seguro que hasta Josefito Gorrión iba a terminar por alegrarse.*

*Cuando llegaron al Huerto, la Chiva Belinda estaba escarbando entre las lechugas, agitando los terrones húmedos de rocío, coceando la hierba mala, para que cada año se dieran lechugas más grandes y más sabrosas.*

*“¡Qué banquete!” , pensó Jiribilla el Conejo.*

*—¡Bien-VEEEEE-nidos, Puchunguitos! —saludó la Chiva Belinda, y dejó por un tiempo las lechugas para irse a retozar con los visitantes.*

*—Chiva Belinda ¡qué lindas lechugas! —dijo cumplidamente Samuel, que era, además, un grillo muy cortés.*

*—Son para la FIESTA.*

*—¿Cuál Fiesta? —preguntó Llito, que como vivía en el baúl de Ña Manolita no conocía ni de oídas a la Chiva Belinda.*

*—La Fiesta del día de hoy. Para eso han venido, ¿no es así?*

*[...]*

Siempre fue una FIESTA compartir contigo, querida Martica. ¡Hasta siempre, Chiva Belinda!

**Mirta Yáñez**



Te me apareciste un día de pronto en defensa de mi pareja y desde entonces te llamé "el eco". Tras idas y venidas llegué a admirar tu coraje para superar trampas sociales y tu fidelidad a ultranza hacia los amigos. Sobre todo llegué a

enamorarme de tu fino, cálido e inocente sentido del humor sobre la vida. Así te vi y entendí. Brindo por ti, LaMartique. Segura estoy de que siempre me tropezaré con tu sonrisa. Mañana en algún sitio nos tomaremos un trago a la salud de Dani, mi hijo, cuya llegada tanto celebraste. Por eso y por muchísimas cosas más te seguiré queriendo siempre. La Vivianique.

**Vivian Carbó García**



Al recibir la noticia del deceso de mi querida Martica, me quedé agobiado y alicaído de tristeza y la pena inaguantable de la pérdida de la que fue mi compañera de alma durante mucho años. Pero a la vez me acordé de la vitalidad y espíritu de su personalidad inolvidable que animaba e inspiraba a todos que la conocían. Me consta que sigue en el mas allá motivándonos.

Marta, siempre te quedarás en mi corazón.

Abrazos de tu hermano,

Bob

**Robert Beebe**



Hablar de Marta Eugenia no es fácil. Duele. No importa que uno sepa que estaba grave. No basta con saber de su enfermedad: uno siempre supuso que habría una cura milagrosa que la salvaría por años y años.

La vida quiso que nos conociéramos en el bufete donde trabajaba, enviada por una

amiga común. Pero ya la conocía de oídas: era de las poquísimas personas que no escondía su verdadera identidad, en años donde eso costaba una carrera universitaria o un trabajo. Hay que haber vivido en Cuba para entender las consecuencias que tenía el no acostarse con quien el sistema estimaba era "correcto" hacerlo.

Haberla conocido como abogada me costó el sobrenombre de Perry, por Perry Mason. Haberla conocido como la cabeza más visible de una legión de innumbrables me hizo llamarla la Secre, pues si constituyéramos un sindicato a no dudarlo Marta Eugenia hubiera sido la Secretaria General. Pero terminó el pleito legal, y no quedó la cosa ahí: ya estaba inscrita como uno de sus afiliadas y comprendí que visitar la calle Ánimas era visitar un lugar seguro, donde se podía conversar a gusto, conocer gente nueva, tener conversaciones con gran chispa y vuelo intelectual, o simplemente pasar un buen rato. De esos encuentros conocí a mi media naranja, cosa que también le debo y por la cual le estaré eternamente agradecida.

Los azares volvieron a reunirnos en México, no muy cerca pero sí lo suficiente como para poder vernos a cada rato. Seguíamos siendo Perry y la Secre. Hubiera querido despedirme de ella, pero supe que no deseaba recibir visitas dado lo avanzado de su enfermedad y respeté su deseo, que para eso era mi Secretaria General, caramba.

Y si el Cielo existe por fin, que se aparte Gertrude Stein, que deje de cantar Chavela Vargas, que Cristina de Suecia suelte su corona, ¡ha llegado la Secretaria General!!

**Lourdes Álvarez**

